

*Dios te cuide y te salve
No te olvide y te proteja*

La tarde que lo terminó hizo entrega de él al escolar, se lo colgó al cuello y le pidió que lo llevara siempre.

—Siempre lo llevaré, es muy hermoso. Te lo agradezco. Voy a darte en paga un dibujo.

—Un escapulario no se paga, lo hice para ti y es sólo tuyo.

Él no la oía, buscaba en uno de los cartapacios entre hojas y hojas de papel de diferentes tamaños, llenas de líneas de carbón y de terracota. Por fin, con un gesto amplio sacó un papel de los grandes, dibujado en medio, con un borde blanco de cuatro dedos todo alrededor. Era una sanguina de ella en su balcón, bordando.

—Aquí tienes, eres tú y es tuyo.

Lo introdujo entre las rejas y lo dejó sobre el bastidor. Ella lo miró largo rato, le pareció perfecto y advirtió que había bordados en la tela, los miró con cuidado.

—Yo sólo bordo pájaros y flores.

—No, éso es lo que bordas.

—No he bordado nada parecido jamás, ¿qué son?

—Son fantasmas.

—Yo sólo bordo pájaros y flores, nunca bordé fantasmas.

—Pájaros y flores son tus fantasmas.

Pero una tarde él no pasó y ella se quedó inquieta, dolida y llorosa, y estuvo el resto de la tarde, la noche y la mañana mirando el dibujo que él le regalara. A la hora de la siesta salió al balcón y al pasar la asistenta le dijo:

—Hoy sólo queda lugar para el lamento. Hoy vamos a dar tierra al hijo de mi hija de leche. Era aquel escolar del cartapacio que charlaba contigo cada tarde.

Y siguió caminando, hoy encorvada y lenta sobre piernas y pies. Se levantó de la butaca de cuero y enea y el bastidor rodó por el suelo con hilos y agujas. Desapareció en la habitación dejando abiertas las ventanas, atravesó la casa y salió por el portón grande, caminó lentamente, orientándose hacia la iglesia próxima. Era insólita sola, con las manos flotando al lado de los muslos.

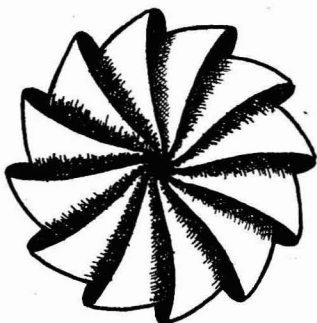
Al llegar a la iglesia atravesó el atrio y subió las escaleras de la torre, se tomó del cordel de la campana mayor y empezó a tirar de ella para doblar a muerto. Se elevaba en el aire y rítmicamente volvía a llegar al suelo. La campana sonaba ensordecedora en su toque a muerto, y el cura sobresaltado, con la sotana a medio abrochar, olvidó la siesta y subió corriendo a la torre. Al llegar la vio y oyó que cada vez que se elevaba decía.

Mi escolar de mi alma.

Mi escolar de mi vida.

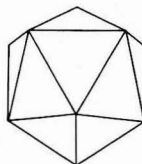
—¡Eh!, niña. ¿Qué haces tú allí? Suelta eso.

Cuando estaba en lo más alto del movimiento soltó la cuerda y se estrelló en el suelo, a los pies del cura.



Margarita Suzan

LA ALEGRE ARMONIA



I/Día de viento, desapacible. Trozos de cielo que viran del azul intenso a la palidez inconsistente de las nubes cercanas. La ciudad rezuma un aire de cansancio o frustración y me pregunto si de algún modo podría detener el ritmo de los acontecimientos. Allá abajo, en el jardín, Salem y Roberta intercambian cartas y al observarlos desde la ventana me invade una languidez nerviosa. Me descubro con las manos húmedas de sudor y la respiración alterada.

Recuerdo. Jeanne Moreau dice: "Los primeros precursores son siempre humildes." En la oscuridad coloco mi mano sobre las de Salem y Roberta, previamente unidas, y percibo la corriente, apoyada en una sonrisa que se establece entre Roberta y yo; el desasosiego de Salem, su temblor. Me penetra la música y la emoción se hace intolerable.

Ahora empieza a llenarse de sombras violeta y rojo muy oscuro, toda la habitación. El conjunto de edificios, la hilera infinita de ventanas, de puertas, de jardines, adquiere una calidad delicuescente que funde aristas y contornos en un sólo horizonte, débilmente dorado. Enciendo un cigarro, tomo un disco. Al sonar los primeros compases de un *bossa nova* de Wilson Simonal, escucho en la puerta el golpe esperado. Roberta, cabello revuelto por el viento, piernas tostadas por el sol. Me interroga, tratando de calmar su agitación:

—¿No podríamos crear un mundo de amor entre tú y yo, solamente tú y yo?

Enciendo un nuevo cigarro y se lo pongo entre los labios.

—¿Eso es lo que quieres?

—No.

Casi a las once y media la despierto porque me duele el brazo en el que apoyó la cabeza y que aún permanece mojado con sus lágrimas.

—Roberta, trata de entender: son dos cosas distintas pero iguales. Lo que creáramos tú y yo sería perfecto, en la esfera del intelecto; con Salem unido a nosotros la perfección será acabada, asumida, única.

Roberta sentada en el suelo, anuda la cinta de un zapato y guiña los ojos porque se le han llenado de humo.

—Salem está instalado en la desesperación estéril de un amor loco por mí y una amorosa atracción por ti. No sabe, sufre.

—Esa será tu obra, tu realización. Yo sólo puedo observar porque no he de conquistarlo.

Roberta se marcha y preparo la grabadora para dictar la primera conferencia del ciclo que, durante una semana, he de impartir en la Universidad. Por el suelo, las hojas desperdigadas del ensayo que Roberta ha traído para que yo le haga correcciones y comentarios.

II/El calor se deja sentir, sordo, apagado. Al fin me libro de las felicitaciones, las preguntas, las manos que estrechan la mía anónimamente. Al final del corredor, Salem me observa con hosquedad.

—¿Qué se siente de ser famoso?

No contesto porque la pregunta me hace el efecto de un golpe inesperado, abyecto.

—¿Vamos a mi casa?

Salem arruga la frente.

—Debo esperar a Roberta, tenemos que ir a comprar...

—Roberta saldrá de clase dentro de dos horas, pero si no quieres venir...

Le doy la espalda y me alejo caminando por un espacio muchas veces recorrido.

Salem me alcanza.

—Creo que tienes razón, además no tengo nada que hacer.

Muevo la cabeza en señal de asentimiento y lo miro irónicamente agradecido.

La atmósfera austera, serena, de mi departamento me tranquiliza; sin embargo ni la luz opaca, ni la frialdad de la cerveza, logran disipar la sensación de agotamiento que me vence. El calor me ahoga, me quito la camisa.

—Tienes una fortuna invertida en libros.

Suspiro.

—Si en ocasiones dijeras algo interesante...

Salem se sobresalta.

—¿Dije algo que te molestara?

Después saca del librero algo que le interesa, se deja caer en la alfombra y se abstrae. Sus manos acarician el libro, sus ojos profundos de tonalidades cambiantes pero definidas recorren con avidez el texto. Largo cuerpo armonioso, tendido sobre la alfombra verde musgo. He logrado disipar todo rastro de dolor cuando pregunto:

—¿Has terminado tu proyecto?

—Sí, pero en el taller de composición lo han rechazado de nuevo.

Me tiendo a su lado y cierro los ojos. Temo que llegue el momento en que me pida que haga funcionar el tocadiscos. Pero no lo hace y en cambio afirma: "La ciencia es la poesía del intelecto y la poesía es la ciencia de los afectos del corazón."

—¿De quién es esa frase? ¿De Roberta?

—No, de Laurence Durrell.

Salem se incorpora y queda sentado muy cerca de mí, mirándome a los ojos.

—Ahora leo el *Cuarteto* porque es una investigación sobre el amor moderno.

—¿Acaso te interesa el amor, moderno o antiguo, como materia de investigación? ¿A ti? Siempre supuse que el núcleo de tu vida se centraba en la resistencia de materiales.

—Pues me has juzgado mal, pero con un teórico de la pasión no voy a discutir mis pobres conceptos, mis humildes hallazgos.

Enciendo dos cigarros y tiendo uno a Salem.

—Tú no estás dispuesto a aceptar nada, ¿no es así?

El cielo entrevisto por la ventana se enrosca en los bordes y enrojece como una hoja de papel ardiente.

—Puedo aceptar, pero nunca compartir o desplazar —contesta, apresurado.

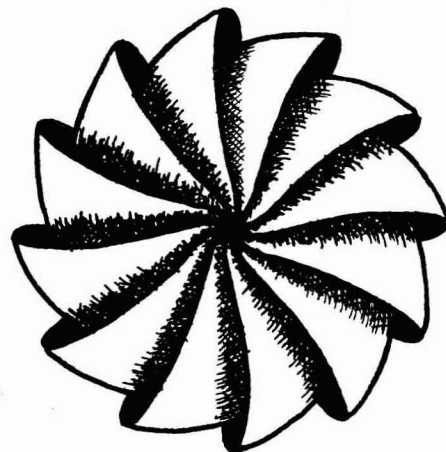
—Para comprender lo que te he explicado deberás aceptar tu perdición en la oscura marea de Eros que exige el secreto absoluto para inundar el alma humana, para develar misterios, para sublimar las faltas cometidas en su nombre. Necesitas conocer los terrores, las exaltaciones. Situarte frente a la experiencia de tener que abrir todos los grifos de tu casa para ahogar tus propios sollozos, en una noche en que la nada acecha tratando de suplir a la desesperación. Debes aprender a estrechar una mano, a acariciar un sexo, en ese mundo amoral, de juicios diferidos, donde la curiosidad y la maravilla son más importantes que cualquier consideración de orden puramente factual.

Al percibir que Salem temblaba, protegido en la penumbra, y al sentir la proximidad ardorosa de su piel, tuve miedo de que los acontecimientos posteriores se originaran solamente en una liberación de los instintos provocada por el cansancio y el calor. Le pedí que se marchara. Cuando quedé solo, una ligera brisa agitó levemente las cortinas y muy lejos, casi inaudibles, adiviné las notas de *El teniente Kijé*.

III/Esta mañana, al advertir las siluetas de Salem y Roberta recortadas contra la puerta de cristales de mi oficina, me di cuenta de que habían transcurrido dos semanas desde la última vez que charlara con ellos. Roberta apretó mi mano con fuerza. Salem me sonrió con timidez, con ternura.

—Ven con nosotros.

Cuando el automóvil enfiló hacia la carretera y Salem, pasando el brazo sobre el asiento y sobre los hombros de Roberta, apoyó las yemas de los dedos en mi cuello, supe que el mundo de la realidad inferior quedaba atrás.



□ Margarita Suzán

Un día del verano de 1951 trataba de aprender aritmética; como no lo lograba abandoné aburrida el salón de clase y me refugié en el viejo y polvoso teatro José Martí de la escuela República de Cuba. Casi todos los días, durante algún tiempo, los viví en aquella extraña construcción, ensayando el papel que representaría en cada una de las innumerables fiestas, festivales y homenajes que se celebraban en esa escuela primaria.

Los tres años de secundaria los dediqué íntegramente al culto de James Dean. De vez en cuando estudiaba literatura, ya que mi madre era profesora de tal especialidad y desde pequeña se me había enseñado a respetarla.

Ingresé a la preparatoria con la idea fija de que lo único de interés sobre la superficie terrestre eran Little Richard, The Diamonds, y Buddy Holie; pronto supe que había otras

cosas: la sociología y la política estudiantil. Mis padres decidieron que aquellos intereses eran tan vagos que bien podría transcurrir otro año antes de que yo eligiera definitivamente mi profesión. Entonces fui a los Estados Unidos a estudiar literatura; a mi regreso me inscribí en la Escuela de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM para aprender sociología. Durante los cinco años siguientes ayudé a formar y a dirigir el Partido Estudiantil Socialista, participé en manifestaciones, pintas, reparto de volantes, venta de periódicos, etc., asistí a numerosas reuniones y asambleas estudiantiles, me enamoré varias veces y finalmente me casé y tuve una niña.

En la actualidad soy investigadora en el Departamento Técnico de la Dirección de Información de la UNAM, llevo estudios de Doctorado en Ciencia Política y continúo amando y respetando a la literatura.